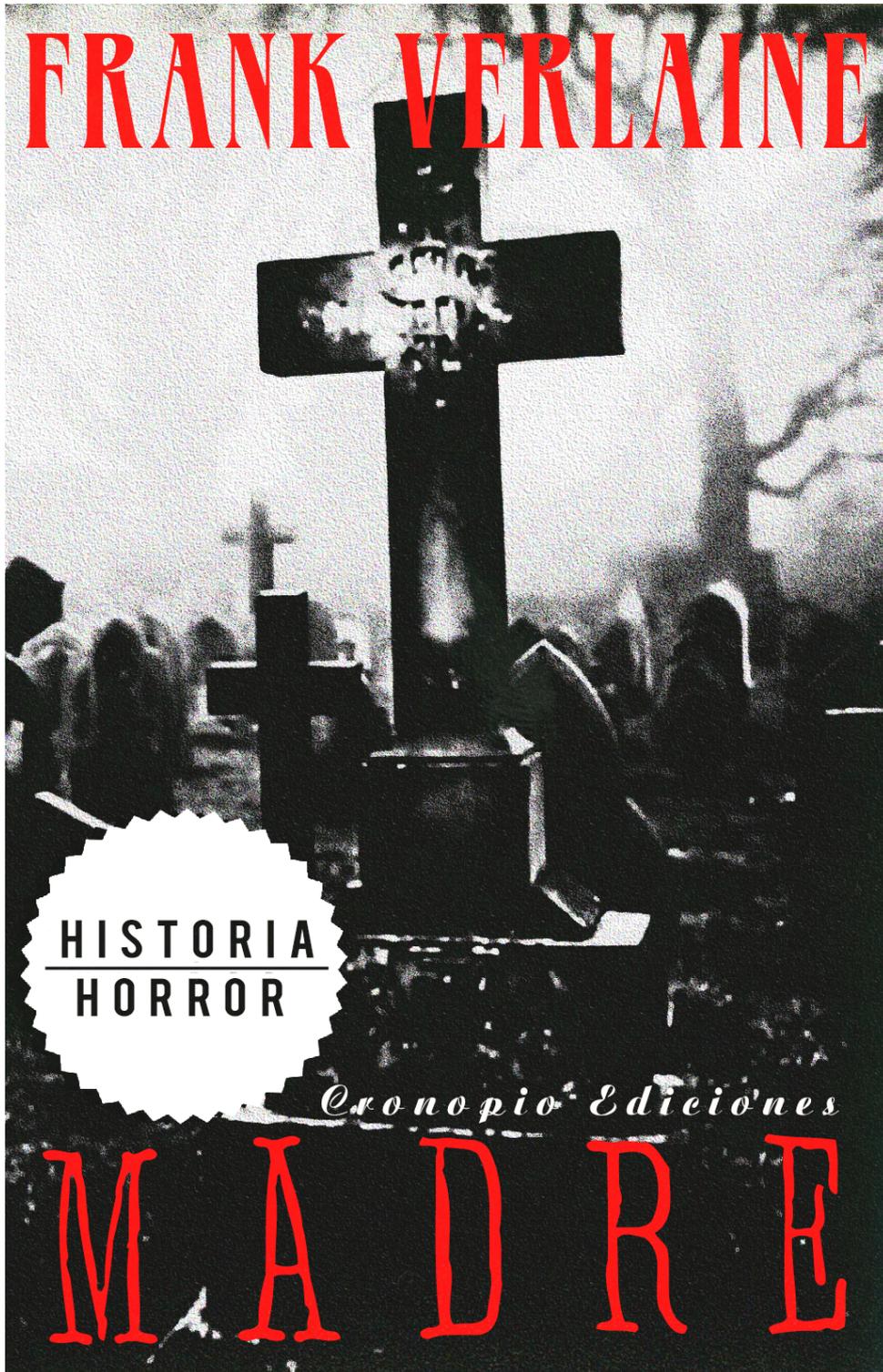


Madre (Relato Corto de Horror)

Frank Verlainé



Capítulo 1

Londres / 15 de febrero - 1897

Es sin duda misteriosa la muerte de algunas personas. Personas que viven de manera tranquila, plácida o luminosa, y sin embargo mueren.

No quiero ser malinterpretado: la muerte es algo inevitable. La muerte es inherente al estado sentimental o el estrato social, eso yo lo tengo claro; y no cultivando uno la bondad podría encontrarse a salvo.

Me refiero amigo mío, a la muerte prematura.

Siempre medité en el silencio de mi propia mente sobre la vida y la muerte. Siempre busqué respuestas a interrogantes que de ningún modo podrán alterar mi naturaleza mortal, pero si acaso, condenar al olvido estas dudas.

Siendo tan jovial y soñador, no me resultó extraño ver estas ideas rondando mi cabeza: hubiese sido raro que no lo hicieran. Sin embargo, la solicitud diaria de las mismas me afectó de manera significativa.

Quisiera dejar de pensar por un momento, e incluso repeler los sueños que me provocan. Quisiera con todo el fervor del mundo, pero no puedo.

Cathy (mi querida y religiosa hermana) insiste en dejar todo el pesar en manos del señor, pero son estupideces. Siendo el pesar mismo, no hay potabilidad en estas sugerencias.

¿Qué existirá después de la muerte? ¿Habrá un tercer plano en el espigado árbol de la existencia?.

Porque la muerte es el final de la vida, el cierre del ciclo natural. ¿Pero qué hay de aquellos que ven interrumpido ese ciclo con la muerte traicionera?.

¿Completarán su círculo en los aciagos prados de la inexistencia?.

Si pudiese extender una escalera hasta los dominios del señor, créame que llevaría conmigo una libreta para anotar todas sus respuestas a mis dudas. Luego bajaría y compartiría mis hallazgos con todos; porque esta incertidumbre no se la merece nadie.

Sin embargo, tal empresa es una fantasía, y no casualmente por el tamaño de la escalera. Si me pudiese aventurar, me toparía con las

nubes, las estrellas y la luna: porque no hay Dios, al menos como es concebido; y si existe, nos olvidó por completo.

¿Qué clase de Dios permite que la vida se esfume tan pronta? ¿Qué clase de Dios condena a tres pobres hermanos, malditos por la mala fortuna, a semejante sufrimiento?.

Yo exijo una respuesta como si alguno pudiese responderla... Y me siento tan estúpido.

Mamá descansa envuelta en una mortaja, mientras vuestro Dios permanece sempiterno. ¡Escupo en sus mandamientos!.

Me importa poco ser blasfemo, porque no existe castigo semejante a mi sufrimiento. No temo perder pronto la razón, y mucho menos la vida.

La pobre Cathy llora en silencio al oírme gritar estas locuras. Pero el dolor es insoportable.

Si debo ser castigado en este o el próximo plano, tal vez lo sea. Mas no voy a ceder ante el horror de los complacientes al oír mi predicamento... Soy un hombre desesperado, y no me condenaré al silencio.

¿Debo inclinarme y rezar cómo lo hacen todos los corderos? ¿Tengo que soportar estoico mientras la complaciente hoja se desliza bajo mi garganta?.

Es sin duda misteriosa la muerte de algunas personas. Porque mi madre merecía por amplia diferencia la supervivencia en este mundo. Pero era este mundo quizá quien no la merecía, y partir fue producto de la voluntad propia.

Porqué este mundo cruel no se merece el privilegio de ser caminado por seres tan impolutos como Eleonor Westenra de Eizaguirre. No encuentro explicación más lógica o racional que esta.

Rechazo totalmente la idea de un poder supremo con la potestad de reclamar las almas humanas. Porque no hay lógica natural que sustente estas teorías, estas ilusiones.

Así estamos y así vamos con esas doctrinas...

Londres / 25 de febrero

21:50hs

Me tomó algunos días reponerme, aunque por fin pude hacerlo. No estoy

repuesto del todo, pero me siento mas cuerdo.

Con respecto a mis fuerzas, retornaron por completo. Siento ganas de salir de este húmedo cubículo, y respirar el silvestre aire de las tierras de Arturo.

Ni bien acabe con esta entrada, saldré corriendo y me tumbaré en la gramilla.

Atrás quedaron los días de fiebre, llanto y desesperación que tanto aterraban a mis hermanos. Estos ataques de pena cesaron, pero no puedo estimar por cuanto tiempo; algunas noches esporádicas han vuelto a invadirme esos sueños.

Que esto quede entre usted y yo (me encargaré de borrarlo o de arrancar la hoja y reescribir todo de nuevo).

Hablando de procesos, usted no se imagina lo lenta que transcurrió la semana posterior al fallecimiento de mi madre. Cada día que alimentaba al almanaque era para mi como un año. ¡Qué digo un año!. Era como un siglo...

Londres / 28 de Febrero

09:00hs

Estos días deben haber significado mucho para mi mente perturbada, pues las ideas vagas que antes me acusaban en momentos muy concretos, ahora me invadían. Estas maquinaciones se enterraban en mi consciencia tal y como lo hace un cáncer con la derrotada carne de un viejo.

Locust (mi lógico e impaciente hermano) intentó sin remedio calmarme, alivianar esta carga, pero sus esfuerzos resultaron una perdida de tiempo y de energía. ¡Y los sueños no se detienen!.

Él volverá pronto a su hogar en Leeds, mientras que Cathy se quedará por otra semana. Ella me cuida con tanto ahínco...

Pobre mi hermana querida.

Londres/ 29 de Febrero

21:56hs

Pronto será la hora de los medicamentos. Son casi las 22:00hs.

Estas pequeñas píldoras de color verde (de las cuales desconozco su nombre o procedencia) me adormilan. Me inducen a un estado de quietud similar al de una piedra, pero no me tranquilizan.

Es mi cuerpo el que pierde fuelle, solo mi facultad física se ve anulada. Las facultades de la mente, la imaginación y la meditación fluyen con más fuerza que nunca. ¿Y cómo anularlas?.

No existe medicamento o pócima que pueda detener el atronador eco de un pensamiento al invadirle a uno la cabeza.

¡AH, MÍ CABEZA!...

Creo que voy a desmayarme.

Londres / 30 de febrero

12:30hs

¡Vaya sueño violento y melancólico el de anoche!. El desmayo me condujo involuntariamente sospecho.

El sueño fue tan intenso que todavía siento el sudor frío sobre las llanuras de mi espalda.

En esta fantasía, corría como un desquiciado por los amplios pasillos de nuestra ampulosa casa. Huía aturdido atravesando los umbrales de mi mente, los umbrales de esta casa fúnebre.

¿De quién era esa voz en mí cabeza?. Era una voz la que me guiaba.

Érase suave y bella, una poesía envuelta en pétalos de sangre y amor de fuego. Una llama que no lo calcinaba a uno, lo bendecía. Érase tan familiar...

Atravesaba la puerta custodiada por nuestro guardián de ébano y me desplomaba en el patio de la casa. El mismo patio que puedo vislumbrar desde las bahías de mi propia cama mediante el impío cristal de la ventana.

Me bañaba el sudor y mis ojos no podían, o no querían; no podían abrirse. Mis ojos no veían la realidad tangible.

Mis ojos se hallaban nublados con la eterna película del horror y el sufrimiento. ¡La llama ya no bendecía! ¡Cómo quemaba, padre mío!

Cuando al fin podía abrirlos, la voz nuevamente me invadía. El ardor ya no

me afectaba, no podía perturbarme.

Esta vez era cándida y ya no me abordaba en ráfagas. Era una suplica acompañada del extraño y tribal sonido de un tambor. ¡Qué tambor tan demoníaco!

Su sincronía me recordaba poderosamente a un corazón. Debería haber oído esto amigo. Era tal mi agonía...

La voz reclamaba algo ¿Qué cosa?.

Por momentos se mecía entre el fervor de mi locura y ya no alcanzaba a oírla. Se ocultaba tras la niebla de un pensamiento inconcebible por una mente sana.

¿Qué dice? ¿Qué haga que cosa?. He reconocido la voz.... ¡La reconozco!

Entonces... ¿Será su corazón el que todavía late? ¿Habrás trascendido a la muerte y a la vida?.

No, no puede ser. Yo mismo la lloré en su eterno cortejo hacia la inmensidad de la tumba. Yo mismo planté esas gardenias en el patio y he adornado con un ramo de margaritas su nueva casa.

No puede ser ella, no puede ser... ¿Mis manos? ¿Qué haga que cosa con mis manos?.

La voz insistía, me obligaba a cumplir sus extraños designios. Me encontraba de repente cavando sin descanso, atravesando piedra y húmeda tierra.

Pronto... Cada vez más cerca... Por fin tocaba madera. La voz persistía con su fuerza, me arrastraba hacia el confín de un ataúd.

La tapa se deslizaba con un graznido estremecedor. Mi corazón latía... Latía tan fuerte que podía atravesar mi pecho si se lo hubiese propuesto.

Es tan misteriosa la muerte de algunas personas. Pero mucho más extraña es su vida luego de la muerte. La supervivencia a su estado carnal y su posterior persistencia.

Pero nada es más curioso que el paso firme del tiempo sobre nuestro cuerpo, el cual necesita tan solo un par de horas de muerto para ensombrecerse por completo. El brillo nos abandona, nos deja solos en la terrorífica estancia de un ataúd añejo.

La voz me abandonaba al mismo tiempo que recogía ese cuerpo. Es

increíble como puede reducirse un ser humano a tan penoso remiendo.

Arrastraba ese cadáver por el patio, nos dirigíamos al grandioso árbol de ciruelas... Aquel ciruelo.

Caminaba hacia el ciruelo... Bebíamos del arrollo que recorre las verdes tierras del rey. Como dos pares, como madre e hijo.

Quiero olvidarlo pronto. Ha sido tan vivo, que incluso olisqueo el fétido aroma a mortaja entre mis manos.

¿Pero qué es esto? ¿Por qué oigo ese llanto?.

Es Cathy, es su voz de terciopelo. La puedo reconocer.

¿Qué es aquello tan terrible que ha sucedido?.

La voz recorre la casa incrementando su desesperada campana. No tarda en llegar donde mi afligido cuerpo descansa. —¿Qué ha sucedido, Cathy? —le digo. Mi querida hermana no responde.

Su piel es la manta de un fantasma. Su palidez asustaría al más valiente de los hombres.

Ella me mira con terror, con la mirada del ratón que se figura devorado por el gato. Sus ojos bailan salvajemente sobre sus cuencas. Sus dientes castañean con disonancia.

—¡Cathy! ¿Qué es eso tan terrible que ha sucedido? —insisto. Ella no responde.

Reúno la poca de fuerza que me queda y me arrastro como un espíritu por las frías baldosas de mi habitación. ¿Por qué razón me siento tan agotado?

Me arrojo a sus pies: ella me recoge con sus tensos brazos. Cathy me observa con sus ojos de ratón asustado. —¡Mi Catherine! ¿Qué ha sucedido?.

—Se trata de Mamá, William... Alguien se ha llevado el cadáver de nuestra madre.